

Stella Maris

Aseguran que el poder de las palabras consigue llegar a ser casi infinito y sólo lo supera la expresión visual de lo acontecido. Aunque trabajo siempre con ambas, imágenes y citas, maquillando historias y personajes para emocionar profundamente a través de la pequeña pantalla, no lo experimenté en mis vivencias hasta la fecha en que me envolví con la historia de Mía.

A veces, para entender la vida hay que contar con alas. Los pájaros, las mariposas y todo cuanto vuela aceptan el riesgo, la fragilidad de la existencia, que puede comprobarse cenitalmente desde el cielo. Mía, aunque su nombre entrañe significado de adjetivo posesivo, no guardaba casi pertenencia alguna.

El antiguo almacén de las redes que ella heredase, decían, del abuelo, se había vaciado de su utilidad. Su estructura de madera para el almacenaje de redes y aparejos y otros enseres de pesca como boyas, corchos, latas de pintura, plomos, agujas, velas, cestas, lámparas, temblaba ante la posibilidad de desplomarse tras la construcción del nuevo edificio frente al muelle, lugar de atraque ahora ambicionado por las pequeñas embarcaciones de lujo y los catamaranes que van insuflando vida turística al poblado. Las obras engulleron la pequeña ensenada en la que dormía ceñida como crisálida Estrella, la barca de su abuelo materno. Un bote de unos cuatro metros, pintado a esmalte color de alga verde, a punto de columpiarse en su fondo marino. Estrella era también el nombre de su madre.

Hablar del pasado, preguntar aún sólo por el ayer y no por el viento que enerva las olas creaba un malestar de vísceras retorcidas en espasmos cólicos y ese gesto en los labios de su madre. Mía no lo soportaba.

Nunca supo quién fue su padre. El dolor reavivado en su esencia de recuerdo, en su significado de desilusión y desengaño. Mía pensaba que con el tiempo alguien pudiera desvelarle parte de su secreto; en el pueblo aparentan saber todo de todos, pero esto no ocurrió.

Una noche de tramontana y tormentas su madre fue a la playa con una linterna a buscar al abuelo que tardaba y Mía se quedó quieta como le dijo su madre, en su cama de sábanas tan frías que parecían húmedas, con sus dedos tan fríos que parecían muertos. Nadie regresó para darle el beso que acerca el sueño.

Mía, entonces, contaba ya quince años, pero no eran suficientes; salió del pueblo con su pequeño baúl atado con una cuerda para disfrazarlo como si fuese una maleta. Nadie la visitó en el orfanato en los tres años que la separaban de su mayoría de edad. En la ciudad le intentaron encontrar un trabajo protegido y recomendado, pero ella se despidió con palabras agradecidas y tantos pensamientos sobre su futuro, y regresó. No porque en principio quisiera volver al lugar donde había sido feliz y desdichada, sino porque era el único lugar al que pertenecía. La casa había vuelto a ser alquilada por sus dueños y sólo le quedaba en el bolsillo una llave, la del candado del abandonado almacén de las redes.

Una vez, su madre le había contado un cuento cuyo protagonista era un deseo que había sido deseado y emprendía su viaje con varias llaves para abrir las puertas de los reinos en donde se pierden los deseos abandonados, y ese cuento tenía un final feliz, no como el de la sirena en su destino de espuma y oleaje. Mía recordó ese relato, buscó la llave oxidada y pesada y el candado se resistió sólo un poco. La luz se tamizaba por un orificio redondo como un ojo de buey con olor a salitre, se apoyó sobre el sardinal de la pared de la izquierda aún con sus corchos ligados como para mantener a flote los recuerdos. Mía, que amaba los fondos

submarinos tal vez aún más que la tierra, se sintió como un pez embarrancado contra el muro de esa red. Apoyó su pequeño cofre de madera de nogal y una maleta abrumadoramente usada que le habían prestado.

Un destello rebotó sobre el cristal polvoriento de sus gafas de bucear y Mía hubiese querido en ese instante tener cola, escamas brillantes y rápidas aletas. Que la mecieran las olas como los brazos de su madre, que le cantara el viento una nana cuando por la noche se acercara a la superficie para ver las estrellas descansar sobre las olas. Creía que los hombres que viven a orilla del mar pertenecen a las aguas, en su destino de vida y muerte. Por eso no le guardaba rencor al ir y venir de las olas, igual que no buscaba consuelo mirando al cielo.

Las mujeres del mar saben que cada adiós puede ser el último, se han curtido en la soledad de las esperas, tienen con el tiempo un pacto misterioso y éste sólo corre en los reencuentros.

Mía no era una chica impulsiva y, sin embargo, en esa ocasión se despojó de sus vestimentas y enjuagó en la orilla sus gafas y con ellas se lanzó en un mar de junio a las seis de la tarde. Hacía tres años que no nadaba y le pareció que toda su piel brillaba, tersa y escurridiza como la de un delfín. Se sumergía para empapar sus ojos del litoral añorado con tesoros escondidos, se dejaba flotar en superficie boca abajo para admirar la vida acuática en sinuosas manifestaciones. “Ya no es lo que era”, pero allí estaba su planta favorita, la Posidonia y, en sus laberintos, alevines y tapizando las paredes rocosas, erizos, mejillones, lapas ásperas, crustáceos y, a veces asomando amenazante y curiosa, una mimetizada morena.

Sus brazadas, largas y lentas al compás de una marea que, inexorablemente, iba subiendo, la acercaron a la cala de la barca. La colina que voluptuosamente se

desnudaba en el mar había sido ahuecada y los restos de sus entrañas de roca volcánica y calcárea se apreciaban como una profunda herida sin visos de posible curación. Estrella, medio despojada de su envoltorio y medio hundida, se bamboleaba como un cadáver, anclada a pocos metros de distancia. Mía no solía hablar en voz alta, no había aprendido del todo ni a llorar siquiera con suficiencia, pero cuentan que su grito de cetáceo herido se oyó incluso en el pueblo de arriba, el que se asoma a la bahía desde las alturas. Mía vació de repente sus dos pulmones de tanto tenerlos aprisionados con palabras suprimidas y el sufrimiento de un ser al hilo de la extinción.

Gracias a ese grito o a la sensación de ser ella misma un reflejo de esa Estrella magullada y mal anclada, Mía regresó nadando, sí, pero deseando pisar fuerte sobre su tierra y enfrentarse a su futuro aunque fuese sólo con su voz. Tal vez será que la gente, que aparentaba no estar, espiaba por las persianas de madera de ventanas entreabiertas o quizás siempre hay alguien sin oficio declarado dispuesto a reinventarse pregonero, el caso es que el poblado que parecía sumergido en su silencio atávico de palabras pero sólo las precisas, de necesidades y las justas, de deseos, los permitidos; estaba formando un bullicio de estupor a lo largo de todo el muelle viejo y parte del que estaba en obras.

Probablemente fue el grito de mujer destripada el que despertó el rumor sobre el retorno de la hija de Estrella, como la conocían en el pueblo. Mía pensaba, aunque en su mente ya eran facciones borrosas, que los recordaría a todos, pero las lágrimas y la sal escuecen y solo, en principio, pudo reconocer a su joven amiga Mati.

Mía siempre recolectaba con ella las hierbas que su madre utilizaba para hacer infusiones: lavanda, valeriana, hipérico, melisa, tomillo, artemisa, menta.

Mía evocaba el olor medicinal de los pequeños manojos boca abajo en los rincones más oscuros, para que los rayos del sol no robasen sus esencias. Estrella interpretaba los síntomas en el marco cíclico de la naturaleza. Mía, en ese instante, echó de menos no recordar todas esas fórmulas casi mágicas. Su madre le comentaba que sólo era una intermediaria de la vida, como todas las mujeres. Pero qué difícil es muchas veces ser mujer, proteger el embrión desde el comienzo, alimentar a los hijos, aliviar el sufrimiento mezclando los elementos de la naturaleza y, así, dignificar en silencio el cuerpo y el espíritu. Mujer madre, madre soltera, mujer bruja la Estrella. Los recuerdos le reinterpretaban a su madre luchadora, trabajadora y atrevida.

Le vino a la mente un estribillo que le cantaba cuando la veía feliz: “Mía, que tu decidas un día el rumbo de la vía, y que la mano que te mecía te sirva de guía”. Ella jamás se detuvo a descifrar en concreto el significado de ese mensaje, pero ahora sintió que lo entendía. El destino llega inexorablemente sin llamar y las decisiones definitivas que a veces vuelcan por completo los itinerarios de nuestras vidas, son las que asumimos casi por instinto, marginando la evolución del razonamiento.

Recordó a su madre acurrucada en la orilla a la intermitente sombra de un pino playero cosiendo las redes laceradas, la vio bajar del pueblo alto cuando iba a canjear la pesca por leche y harina, cargada y sonriente para su nena. Qué sería el mundo sin el silencio de sus mujeres entregadas a solventar las necesidades de sus seres queridos y de su entorno. Todos somos imprescindibles a cada instante y el dolor del mundo se equilibra acunado entre los mares.

Estrella contaba a su hija relatos y leyendas de seres fantásticos. “Cada historia cambia la Historia y nada sería igual incluso si no existiera el cuento que

te estoy contando”. “Un día voy a escribir tus relatos para que todos los niños del mundo los lean”, le contestaba una Mía apenas adolescente. Y entonces lo evocó mientras palpaba su soledad ya de mujer, que sólo la voz interiorizada de su madre amortiguaba.

Algunas mujeres se acercaron a abrazarla, y nadie la llamaba por su nombre, será por sonar como un adjetivo posesivo y porque ese inusual apelativo fuese un privado privilegio de su madre. La hija de Estrella había vuelto y querían saber si para quedarse o para un nuevo adiós. Mía consideraba que tenía arropadas todas las palabras y que estaban desbordándose de sus labios, pero era como si el grito la hubiese dejado afónica y no emitiese sonido de su boca.

Por si acaso volviese de repente a desaparecer, la casera le acercó una caja, como la que se llevan al mercado con sardinas, pero cubierta con un paño corinto. Una fortuna que contenía algunas cosas de Estrella y del abuelo. “Un día entenderás que los lugares de los objetos en la casa son los puntos de anclaje a los hilos de su alma, son el reposo de sus fantasmas al oscurecer y guía para ojos que poco a poco dejan de ver”. Eso le contestó su abuelo una tarde que ella le preguntó la razón por la que reponía los enseres en el mismo sitio cuando había infinitas combinaciones posibles. Esos objetos desarraigados, casi como ella, restablecieron en sus manos el pacto impronunciable ante esa multitud.

La hija de Estrella no se marcharía. Mati le ofreció dormir en su casa, pero ella le dijo que intentaría quedarse en el almacén de las redes, esa noche. La angustia y el miedo parece que pueden parar el corazón pero nada se frena, más bien se acelera el bombeo de la sangre, el aire inundando los pulmones y trayendo olores y recuerdos. Pensamientos cargados de palabras que se desbordan en el temor de perder su sentido. La vida no se devuelve por desearlo y cada día es un

día menos hasta el último granito de la clepsidra.

Hace casi medio siglo esa interesante estructura con gigantescas vigas de madera sirvió de casa al guardián del faro, un faro de pocos metros colocado en el espigón. El hijo, al marcharse del pueblo, prácticamente canjeó la peculiar casa paterna por el barco de pesca del abuelo de Mía, cuando éste, tras el accidente que lo dejó cojeando hacia el lado derecho, se resignó a pescar sólo como un experto aficionado con su vacilante Estrella. Nadie le advirtió que en el proyecto del nuevo puerto la casa utilizada durante años como almacén de las redes había desaparecido.

Hay lugares que encierran el misterio de ese deseo de divinidad que velan los espíritus. Será la altura, será la luz difuminada por las diferentes mallas de las redes o el bláncor fantasmal de velas dobladas y amainadas sobre los objetos olvidados, o el polvo que la misma luz desvela espesando el aire. El silencio quebrado por el romper de las olas sobre el rompeolas rítmicamente, azarosamente, ininterrumpidamente. El mismo acto de existir cobra entonces un significado especial y único: la necesidad cumplida de ser importantes para el universo como cada célula para el cuerpo.

Mía se sentó al lado de la puerta de madera deshidratada con lascas de vieja pintura verde, desvinculándose de su entorno. Poco a poco, los vecinos se marcharon. Mía volvió a entrar con un grito menos en los pulmones y muchos pensamientos que se solapaban en aspiraciones y porvenir. Y como le sucedía a Estrella, Mía no pensaba sólo para ella. Si inventaba un cuento, era para que lo escucharan todos, si preparaba un unguento, para que se aliviaran muchos, si la pesca había sido buena siempre la compartía y siempre le exigía y recordaba que para respetar y agradecer a la naturaleza el don de la vida, había de recolectar lo

justo, de pescar lo necesario y soñar lo posible. Mía pensó, finalmente, que un día ella también tendría una hija, hija del amor, el viento y las estrellas, y, enroscada como un gato, se durmió.

Con sus gafas de bucear buscó las praderas de Posidonia con sus estriadas y largas hojas en todas las tonalidades de los verdes. El paisaje exterior y submarino estaba cambiando ciertamente muy de prisa, las anfractuosas grietas de las rocas se sumergían en el alma de Mía y una persona sola, aun siendo mujer, no puede soportar el dolor de todo el universo.

La erosión, la pesca de arrastre, la contaminación y las obras las habían debilitado como la sequía apaga el bosque. Los lugares en que nos hemos sentido dichosos los respetamos para que acunen nuestro recuerdo con el sigilo del paso del tiempo. Un pulpo se desliza en busca de marisco, se percata de Mía y baila, casi la mira a los ojos mientras retrocede y se mimetiza entre los atrevidos rojos, ámbar, rosas fucsias y verdes de urticantes anémonas. Mía quiere tener aletas grandes para no ser presa de ese pulpo y branquias para no tener que volver a subir tan urgentemente.

Como un alga que necesita el movimiento constante de las aguas y el ciclo regular de las mareas que la cubren y descubren sin descanso, Mía necesitaba oler el viento, agarrarse a paredes submarinas, subir hasta la cumbre de escarpadas colinas y ampararse bajo el sueño de su cielo.

Yo sólo buscaba un relato lloroso casi patético para un público aburrido, dispuesto a lagrimear profusamente en sus sobremesas veraniegas. Los ojos de Mía, profundos como el azabache de fondos abismales, no aguantaban las cámaras, las absorbían como dos simétricos agujeros negros. Su triste historia personal delimitó simplemente como un marco los detalles de una experiencia de

superación, valentía y arraigo que sólo estaba a punto de esbozar. Mía dio testimonio de la importancia de la conservación de un mar que aguardaba sus ilusiones. Resaltó la hermosura de las algas encarnadas fluctuando en el fondo marino, habló de cangrejos, dátiles, estrellas y caballitos de mar, con su terminología científica, con la capacidad para enlazar palabras que dicen le brindó la madre. Hizo hincapié, aunque no sólo, en su adorada microfauna. Recordó también árboles y plantas como el equiseto, la violeta, el orégano y el hinojo, el anís y la achicoria, el romero y la coclearia. En esa misma entrevista, anunció que estaba trabajando en la preparación de un libro de relatos para concienciar a los niños en la necesidad de preservar la riqueza vital, insustituible, de los litorales y de los montes, respetando la naturaleza y el ambiente.

Detalló cómo estaba luchado, con el apoyo de su amiga Mati, para salvar del derrumbe el edificio del almacén de las redes. Actualmente, esa seguía siendo su casa, pero Mía sostenía y defendía que contaba con posibilidades de transformarse en un restaurante especializado en ofertar recetas tradicionales, y sus secretos, a los turistas y viajeros que utilizaban el puerto nuevo y los catamaranes. Siempre hay que brindar a la vida la oportunidad de renovarse, de renacer de sus cenizas, con nuevos retos y desafíos.

Dejó caer la posibilidad de implantar piscifactorías y granjas marinas para ostras, mejillones, camarones, lubinas, doradas y mariscos. Quería volar para acercarse a las estrellas y bucear más profunda que una nereida y que sus deseos acabaran sus viajes siempre con éxito, como sucedía en su cuento favorito.

Mi programa, afortunadamente, alcanzó y superó las expectativas. Las premoniciones no tienen poder en sí mismas; se cargan de significado cuando se apresuran, su paso se aligera porque el tiempo al final las alcanza. Mía, no sé si

inadvertidamente, cambió la ruta de mis entrevistas. Aposté por el compromiso y la hermosura de historias certeras de mujeres que con su labor silenciosa y misteriosa, su ejemplo y ética vital, sus canciones, tradiciones y su entrega incondicional, moldean los paisajes y los sentimientos generación tras generación.

Si un día llegas al pueblo y atracas, verás a la derecha, bajo un pequeño pórtico, un bote con nombre de astro, aparentemente listo para zarpar y si accedes al interior sería imperdonable que no leyeras en un grueso libro, las recetas tradicionales de los platos que se sirven en el restaurante “Stella Maris”: Tallos de acelgas con anchoas, Flores de calabazas con gambas, Ensaladas de hierbas aromáticas, Sepias con coliflores...

Mía ha apostado por preservar el sueño, con raíces de albahaca y coral, añorando la ausencia, de quien le donó la vida. Hay olor a bosque y a mareas y el sonido de las aguas lamiendo las heridas de la tierra. Si cierras los ojos sentirás que se ha desvanecido el tiempo, que permanecen sensaciones sin tiempo. El nombre que ha elegido para su hija es Luna, para que cada noche puedan mecerla y acunarla las olas mientras la arrullan murmurando las hazañas de los relatos que inventaba su abuela.

Estrella fue sin duda una mujer extraordinaria, como otras muchas, imprescindibles faros entre las escarchas del firmamento.